

TEMES

Madrid, ¿paradigma de una historia sociocultural?

Juan Francisco Fuentes

UNIVERSIDAD COMPLUTENSE

Cuestiones de concepto

Tiene Madrid, por sus características históricas, unas condiciones especialmente propicias para la historia de la cultura? No pretendo crear un falso suspense ante una pregunta más bien retórica, porque la respuesta, desgranada en el estado de la cuestión que se presenta en estas páginas, es claramente afirmativa. Se trata, en todo caso, de dejar constancia desde el principio de un par de reservas al propio planteamiento de este trabajo. La primera se refiere a la posibilidad de reflexionar en abstracto, sin establecer comparaciones con otros referentes más o menos análogos, sobre la singularidad histórica de Madrid como ciudad particularmente privilegiada para el estudio de la historia cultural: ¿lo es más, por ejemplo, que París, Londres, Barcelona, Nueva York, Berlín o Viena? Esta visión comparatista del fenómeno sería de gran utilidad, y hasta probablemente imprescindible, para una adecuada respuesta a la pregunta de si Madrid constituye algo así como un paradigma de la historia cultural. No será ésta, sin embargo, la ocasión en que abordemos semejante tarea, de una complejidad y amplitud a todas luces excesivas para lo que aquí se trata. En cambio, es inevitable que a lo largo de estas páginas se haga patente una segunda circunstancia que matiza considerablemente el enunciado propuesto, y

es la deriva hacia la historia social y política de toda tentativa de historia cultural del Madrid contemporáneo.

Esto último resultaba, por otra parte, inevitable, porque la historia cultural va mucho más allá, como es bien sabido, de un simple inventario del quehacer de una minoría selecta, productora en exclusiva de todo tipo de bienes culturales. En realidad, la imagen del intelectual dedicado a la creación literaria, filosófica o artística, políticamente inconformista y situado en una especie de oposición moral al poder, no deja de ser una simplificación históricamente muy discutible, forjada a partir de episodios como el *affaire Dreyfuss* en Francia (1894-1898), el juicio a Oscar Wilde en Inglaterra (1895), el proceso de Montjuïc y el desastre colonial en España (1897-1898) o el caso Spahn en Alemania (1901) (Charle, 1996). Aunque el sustantivo *intelectual* nace en la llamada crisis de fin de siglo, el concepto es muy anterior a esta época (recuérdese el caso de los *idéologues* en la I República francesa) y, en rigor, debe englobar no sólo a escritores y artistas más o menos comprometidos, sino también a los miembros de las profesiones liberales. En la medida en que el Estado liberal español recluta buena parte de sus cuadros dirigentes entre estos sectores socioprofesionales, la historia de las élites intelectuales en la España contemporánea debe ser también la de su participación activa en el aparato político y administrativo de la Monarquía constitucional.

Las investigaciones, trabajos divulgativos y proyectos editoriales sobre la historia de la capital se han visto notablemente reforzados, como recordaba no hace mucho Santos Juliá, por el impulso que han recibido en los últimos años de las instituciones políticas, académicas y financieras (Comunidad Autónoma de Madrid, Universidad Complutense y Caja de Madrid, sobre todo) más representativas de la joven autonomía madrileña (Juliá, 1995a). Las obras colectivas, publicadas por la revista *Alfoz* y patrocinadas por la Comunidad de Madrid, sobre *Madrid en la sociedad del siglo XIX* (Bahamonde, A., y Otero, L. E., 1986), *Prensa obrera en Madrid, 1855-1936* (Castillo, S., y Otero, L. E., 1987) y *La sociedad madrileña durante la Restauración* (Bahamonde, A., y Otero, L. E., 1989), más la *Historia de Madrid* coordinada por A. Fernández García (1993) son algunos de los mejores frutos de ese esfuerzo académico-institucional por actualizar y dignificar el estudio del Madrid contemporáneo, especialmente en el ámbito de la historia social y cultural. Pero hay una larga tradición historiográfica, vinculada principalmente a la historia de las ideas y

de la literatura, que viene tomando Madrid como sujeto histórico desde mucho antes de que existiera la necesidad y la voluntad política de desarrollar una suerte de identidad histórica en torno a la capital del Estado. Esta identidad *avant la lettre* se fue construyendo espontáneamente desde la prensa y la literatura decimonónicas por parte de unas élites intelectuales que tenían en Madrid su residencia, sus medios de vida y a menudo sus temas de inspiración. Desde principios del siglo XIX, fueron legión los escritores y periodistas de los que se podía decir lo mismo que Espronceda reprochó al ministro Mendizábal: que por el estado de la capital juzgaban el de las provincias. Es decir, que la corte, más que dotarse de una identidad propia, se fue convirtiendo en síntoma o metáfora de la realidad del país, observada desde la atalaya, supuestamente privilegiada, que ofrecía la redacción de un periódico o el salón de un café madrileño. Aunque su principal seña de identidad no pasaba de ser, por tanto, un mero tropismo, esa capacidad suya para sintetizar la realidad exterior (y viceversa: «*partiendo de una idea de España, Madrid se obtiene por deducción*», llegará a decir Azaña), junto a la disponibilidad de medios de todo tipo para el ejercicio de una carrera intelectual, resultó ser un irresistible reclamo entre aquellos creadores de opinión, hijos de una sociedad meritocrática todavía en ciernes, que, con la pluma en la mano, pretendían intervenir en la construcción del nuevo orden social y político. La tópica frase de Larra «*escribir en Madrid es llorar*» expresa bastante bien los efectos perversos de esa relación magnética, basada en la atracción y el rechazo, que desde los orígenes de la España contemporánea se desarrolló entre las nuevas élites intelectuales y la capital del Estado.

«Madrid, polo de atracción de la intelectualidad a principios de siglo» es, precisamente, el título de un trabajo fundamental de Paul Aubert sobre un período, primer tercio del siglo XX, en el que la ciudad irradió ese magnetismo con más fuerza que nunca (Aubert, 1989). El mismo título sin apenas variación («Madrid, polo de atracción de la intelectualidad española») encabeza un epígrafe de la contribución de A. Bahamonde y L. E. Otero Carvajal a una obra colectiva sobre las autonomías españolas: «*Hablar de cultura en Madrid [afirman estos autores] en buena medida significa hablar de la cultura española y no madrileña exclusivamente*» (Bahamonde, A., y Otero, L. E., 1989b, 580). Así pues, el único sentido que tendría una historia de la cultura capitalina sería como exponente de una cultura española que alcanzaría en Madrid su máxima expresión y pureza. Su papel como crisol de una cultura genuinamen-

te nacional, decantación de escuelas, tendencias y culturas periféricas, explicaría en gran medida su poder de atracción entre los componentes de una élite intelectual diversa en su procedencia geográfica, pero comprometida en la búsqueda de un proyecto políticocultural para la España contemporánea, a la vez modernizador, unitario y, eventualmente, democrático. Esta función la cumplió, según R. López Blanco, con una eficacia que generalmente no se le ha reconocido: Madrid sólo puede entenderse, a juicio de este autor, como un «*marco neutro integrador de personalidades, redes y grupos de interés de toda España*», o, dicho en otras palabras, como un «*verdadero mercado político de carácter nacional*», abierto a todos aquellos (intelectuales, políticos, hombres de negocio) que tuvieran algo valioso que ofrecer al país. En la capital tenían la seguridad de que su «producto» se vendería por su valor real, sin que pudiera influir ninguno de los condicionantes (intereses particulares de grupos y familias locales) característicos de la vida de provincias (López Blanco, 1996).

Esta entusiasta reivindicación del papel de Madrid en la historia de la España contemporánea va claramente contrarriorrente de lo que podemos considerar la tendencia predominante. Paul Aubert resaltaba, en el trabajo ya referido, el reforzamiento a partir del 98 de la misión nacionalizadora de las élites intelectuales congregadas en Madrid, pero no dejaba de señalar también el rechazo que entre esos mismos escritores provocaba una ciudad en la que, como dijo Ramiro de Maeztu, «*las cosas no cambian apenas y donde vive casi todo el mundo como en vísperas de una lotería o de un terremoto*» (Aubert, 1989, 106). Como «*ciudad prehistórica y cavernaria*» la definió Manuel Azaña, que destacó en ella además estos tres rasgos fundamentales: «*Lentitud, desbarajuste, trabas inútiles*». La metáfora de la charca inmunda y pestilente ha servido con frecuencia para expresar el clima moral de la ciudad: la emplean, por ejemplo, Unamuno y Ortega asociándola sobre todo al Madrid de la Restauración, pero también el padre Coloma para describir el ambiente frívolo, corrupto y (por ahí le duele) democrático de la capital durante la Monarquía amadeísta. En general, Madrid carga con las culpas del régimen político vigente, con lo que su mala prensa entre los intelectuales del 98 y del 14 se puede atribuir, como dice Paul Aubert, a una identificación entre la capital y los peores usos políticos de la Restauración (Aubert, 1989, 110). Lo mismo sucedería en la etapa final del franquismo, cuando, según J. Salcedo, Madrid fue convertida en

«nube de humo y chivo expiatorio» por unas burguesías periféricas interesadas en desmarcarse de un régimen en plena descomposición (Salcedo, 1977).

En la evocación literaria y sentimental del paisaje y del espíritu castellano encontrarían los escritores del 98 y del 14 la sublimación de un ideal de austeridad y rectitud que contraponer líricamente a todo aquello que representaba la capital de la Monarquía constitucional: «*Miren al pringue, al mugre [sic] dominando Madrid [les decía Giner de los Ríos a sus discípulos] [...]. El mugre es el déspota absoluto de España*» (cit. Varela, 1993, 246). La generación del 14, con todo su europeísmo y su vocación modernizadora, no escapará del todo a ese *tic* noventayochista y regeneracionista: recuérdese que la revista *España* aspiraba a conectar, como dice Ortega en su primer número, publicado en enero de 1915, con «*la España humilde de las villas, los campos y las costas frente a las instituciones carcomidas*», con sede en Madrid, y es que el principal impulsor de la revista estaba lejos de creer que la corte fuera «*el centro moral del país*». La regeneración nacional tenía que hacerse, pues, desde fuera de la capital y hasta contra todo lo que ella significaba.

El hecho es que, «*desde mediados del siglo XIX, hay una lógica que impulsa a cualquier joven que tenga ambiciones intelectuales o políticas a ir a Madrid*» (Aubert, 1989, 102), lo que, en vista de la hostilidad que le profesan esas mismas élites, nos llevaría a una especie de ley física que explicaría las complejas relaciones entre la ciudad y sus intelectuales: la atracción física que ejerce sobre ellos es directamente proporcional a la repulsión moral que estos últimos sienten hacia ella. Las razones de esa atracción las señalan todos los historiadores que se han ocupado del fenómeno. Paul Aubert recuerda, por ejemplo, estas concluyentes palabras de un personaje de Azorín: «*Es preciso vivir en este Madrid terrible; en provincias no se puede conquistar la fama*» (Aubert, 1989, 113). Ahora bien, ¿qué medios ponía Madrid a disposición de aquellos intelectuales españoles que aspiraban a «*conquistar la fama*»? Los principales trampolines que podían impulsar el salto de un escritor hacia la gloria eran la prensa, el Ateneo, las editoriales, la Universidad, la función pública, la política y, andando el tiempo y en un registro cultural relativamente diferente, la Institución Libre de Enseñanza, la Junta para Ampliación de Estudios y la Residencia de Estudiantes, es decir, un conjunto de instituciones y prácticas políticas, culturales y profesionales unas, situadas en la órbita del Estado constitucional, y otras (las menos) fruto de la libre iniciativa de la so-

ciudad civil y del moderno espíritu de empresa. El estudio de estas instituciones y actividades ha centrado buena parte de las investigaciones dedicadas a la historia de la cultura del Madrid contemporáneo. Hay además alguna tentativa de síntesis, como el buen trabajo de L. E. Otero Carvajal sobre la cambiante trayectoria de la vida cultural en Madrid desde finales del siglo XIX hasta 1992. Un repaso crítico a las principales monografías aparecidas hasta ahora puede aportar algo de claridad sobre las razones de la frustración que parece presidir las relaciones entre la ciudad y «sus» intelectuales.

Estrategias para una historia cultural: Las instituciones, la política, la lectura, el patrimonio...

El Ateneo de Madrid fue durante décadas un puente privilegiado entre la cultura y la política. Nació en 1835, en la fase culminante de la Revolución liberal, tras una breve «prehistoria» como Ateneo Español en el Trienio liberal, en que funcionó según el modelo de las sociedades patrióticas de la época. El Ateneo Científico, Literario y Artístico irá canalizando con diverso éxito, tanto hacia el poder como, sobre todo, hacia la oposición, el discurso político y social de la *intelligentsia* liberal y su voluntad de intervención en la vida pública. Algunas historias del Ateneo decimonónico tienen ya la categoría de clásicos, como las de Ramón M^a de Labra (1878 y 1906) y el célebre y suculento ensayo de Azaña *Tres generaciones del Ateneo* (una verdadera historia del liberalismo español a través del Ateneo de Madrid); la más reciente de A. Ruiz Salvador (1971) abarca el primer medio siglo de su historia (1835-1885) y la de Francisco Villacorta (1985) viene a ser una prolongación de la anterior hasta el año 1912. Antes y después de esta última fecha, abundan los intentos del poder por controlar, por las buenas o por las malas, ese importante centro de agitación intelectual y política, cantera de publicistas y oradores de oposición, formados en los usos parlamentarios que, como recuerda Ruiz Salvador, rigen la vida interna del Ateneo desde su fundación. Su historia, por otra parte, tiene algo de paradójica, porque su actividad regular se vio perturbada no sólo por la persecución a la que le sometieron sus enemigos, sino también por las consecuencias del éxito político de aquello que el Ateneo representaba; así, cuando en 1868 triunfan los postulados progresistas que venía defendiendo en los últimos años, el caserón de la calle Prado quedó prácticamente vacío e inactivo: la mayoría de sus miembros estaban, como dice V. Cacho, «demasiado ocupados en gobernar» el país (Cacho, 1962, 199).

El Ateneo pagó muy cara la identificación que un cierto imaginario colectivo estableció en la década de los treinta entre la «docta casa» y la II República española y que había llevado a Giménez Caballero a afirmar en 1932 que «*toda España huele hoy a Ateneo*» (Villacorta, 1980, 128). Tras su apogeo en la etapa anterior a la Guerra Civil coincidiendo con un período de intensa intervención de los intelectuales en la vida pública, vendría un largo declive del que apenas se ha recuperado. Sería muy interesante disponer de un estudio comparativo con el Ateneo de Barcelona que mostrara en paralelo la *curva histórica*, marcada por los avatares de su actividad intelectual y de su prestigio social, que se dibuja desde los orígenes decimonónicos de estas dos instituciones hasta su decadencia a finales del siglo XX. No hay, en todo caso, un trabajo reciente que ofrezca una visión de conjunto, similar al realizado por J. Casassas para el Ateneo Barcelonés, de la dilatada historia del Ateneo de Madrid, en parte, seguramente, porque su trayectoria está tan estrechamente subordinada al ciclo político del país, que los historiadores han preferido trocearla en períodos históricamente significativos, como el que trata Villacorta en su libro; en parte, porque el interés del Ateneo madrileño como tema de estudio histórico parece haberse resentido del imparable declive de la institución, síntoma, a su vez, del cambio radical que se ha operado en la relación entre los intelectuales y la política en los últimos tiempos.

Las instituciones académicas madrileñas han sido estudiadas desde diversos ángulos, generalmente con una valoración muy crítica tanto de la calidad de la enseñanza impartida, como de su capacidad de incidencia real en la vida cultural y social del país. El voluminoso libro que V. Cacho Viu dedicó a los orígenes de la Institución Libre de Enseñanza (1962) supuso en su día, además de un intento de recuperación del espíritu institucionista desde una óptica conservadora, un meritorio esfuerzo por clarificar las relaciones entre ideología, ciencia y práctica política en la España liberal, tal vez cargando excesivamente las tintas en el protagonismo político de un reducido grupo de intelectuales del Ateneo y de catedráticos de la Universidad de Madrid en dos momentos históricos clave, como fueron la Revolución de 1868 (en la que el Ejército y la Marina no habrían pasado de ser el *brazo armado* de esta selecta minoría intelectual) y, en menor medida, el regreso al poder, en 1881, de lo que Cacho llama con cierta exageración «*la izquierda ideológica*».

Una y otra vez surge, como vemos, el problema de la capacidad efectiva de intervención de los intelectuales *madrileños* en la vida pública y de la utilidad de los organismos y medios a su disposición para hacer llegar su pensamiento tanto a la sociedad como a las instituciones políticas. El fracaso del régimen democrático del Sexenio se imputará en parte al escaso sentido de la realidad de aquellos intelectuales que inspiraron la actuación del nuevo Estado. Este reproche se repetirá, como es bien sabido, en la II República (la «República de los intelectuales», como la llamaron algunos), replanteando así un círculo vicioso que está en la esencia misma del papel de los intelectuales en la política y que forma parte de una cierta leyenda negra que les persigue desde sus orígenes: de un lado, su incapacidad para comprometerse en la acción de gobierno, cuando no su desdén hacia la práctica política; de otro, su estrepitoso fracaso como gobernantes y gestores cuando las circunstancias les llevan a intervenir en los destinos de su país, generalmente en sustitución de una clase política caída en desgracia.

Pero la historia de las élites culturales en la España contemporánea no es sólo la de su eventual marginación por las oligarquías dominantes, sino también la de su colaboración con el poder. La Universidad española, sobre todo la de Madrid, además de foco de inconformismo intelectual y agitación democrática, fue una importante cantera de altos cargos durante el régimen de la Restauración, tan denostado por los propios intelectuales. Así lo pone de relieve F. Villacorta en un trabajo sumamente clarificador sobre lo que podríamos llamar las «pasarelas» institucionales entre la cultura y la política, que ofrece, entre otros muchos, este dato revelador: en las Cortes de 1914, la Universidad de Madrid aportaba 32 parlamentarios, sumando diputados y senadores, por 15 de las demás universidades españolas (las cifras de las Cortes de 1907 son muy parecidas), lo que indica, por una parte, que la Universidad desempeñó un papel no desdeñable como proveedora de cuadros dirigentes a la Monarquía canovista, y, por otra parte, que, como dice Villacorta, una cátedra en Madrid era, en muchos casos, «una credencial que abría las puertas (o las ensanchaba) de una carrera política» (1989a, 84). Habría que recordar, en todo caso, que el momento estelar de intelectuales y profesores llegó con las Cortes Constituyentes de la II República, a la que pertenecían como diputados 45 catedráticos, 47 escritores o periodistas y, en total, 383 miembros de las profesiones liberales, es decir, el 82% de los 470

diputados de la Cámara (Bécarud, J., y López Campillo, E., 1978, 34; Gómez Molleda, M^a. D., 1985, 228).

Ya durante la Monarquía constitucional, la cátedra formaba parte, pues, de los contados mecanismos de promoción social que permitían a ciertas élites intelectuales y profesionales transitar del mundo de la cultura, en sus diversas manifestaciones, a las más altas instituciones políticas. Santos Juliá explica este fenómeno, cuyos orígenes sitúa en la primera mitad del siglo XIX, como consecuencia de las limitadas expectativas económicas y profesionales que la capital ofrecía a los sectores más cualificados de una clase media en ascenso, pues «*al no encontrar en Madrid grandes empresas industriales ni más carreras profesionales que las de abogado o médico, se dedicará, tras el necesario paso por la literatura y el periódico que le abre las puertas de la sociedad, a la política, vía privilegiada de movilidad social*» (Juliá, 1995b, 348). Este mismo sector socioprofesional es uno de los protagonistas del reciente libro de Jesús Cruz *Gentlemen, bourgeois and revolutionaries. Political changes and cultural persistence among the Spanish dominant groups, 1750-1850* (1996). Reproduzco el título en su totalidad, pese a recogerlo en la Bibliografía, porque conviene destacar el cambio que en él se ha producido respecto a su versión original como tesis doctoral, cuyo subtítulo reza así: *Political change and cultural persistence among the Madrid (rda. mía) dominant groups* (tesis leída en 1993 y citada por Juliá, 1995b, 623). Este enunciado se ajusta mucho más al contenido de la obra que el título del libro, porque efectivamente se trata de un estudio de las élites económicas, políticas, sociales e intelectuales madrileñas en el período señalado, a partir de una muestra de 549 individuos cuya situación y trayectoria familiar, profesional y patrimonial se analiza pormenorizadamente tras un laborioso vaciado de la información conservada en el Archivo Histórico de Protocolos Notariales de Madrid. Cinco son las categorías socioprofesionales estudiadas por el autor: 1. comerciantes; 2. banqueros; 3. burócratas; 4. profesionales, y 5. políticos. Las 3^a y la 4^a, que son las que más nos pueden interesar, son analizadas conjuntamente en el cap. 4 de la obra: *Burocrats and professionals* (87-127). Mi impresión es que el autor estira en exceso el valor histórico de un corpus estadístico relativamente modesto para un siglo entero (un siglo de transición entre el Antiguo y el Nuevo Régimen) y para la entidad de las conclusiones que se exponen al final de la obra bajo el ambicioso membrete *Rethinking the Spanish revolution*. Su tesis

resalta principalmente los factores de permanencia entre el Antiguo y el Nuevo Régimen, muy en línea con las últimas modas historiográficas. No obstante, el autor reconoce la existencia de un cambio en la naturaleza política del Estado realizado en la primera mitad del siglo XIX por un «*conglomerate of social classes that dominated Madrid power's centers*», al que pertenecerían, junto a la vieja aristocracia y a la burguesía comercial y financiera, la élite cultural y profesional radicada en la capital. En suma, revolución liberal, sí, revolución burguesa, no. Las clases medias profesionales de la capital serían una parte más del sistema (y una parte fundamental en la gestión del aparato de poder) y no una alternativa al mismo.

El impresionante fondo documental del Archivo de Protocolos de Madrid ha sido también la principal fuente utilizada por J.A. Martínez Martín en sus múltiples aportaciones a la historia sociocultural del Madrid isabelino, sobre todo su libro *Lectura y lectores en el Madrid del siglo XIX* (1991). La cuestión de la utilidad histórica (innegable), pero también de los vicios y límites de la documentación notarial, es motivo desde hace tiempo de un interminable debate historiográfico. En su día me pareció un despropósito el intento de Daniel Roche de reconstruir las formas de vida del pueblo parisino en el siglo XVIII a través de los vestigios que sobre ello se guardan en los archivos notariales de París, aunque la pericia del autor le permitiera afrontar brillantemente el reto. El valor de estas fuentes para el estudio del patrimonio de la nobleza y la burguesía en sus diversas modalidades resulta, en cambio, incuestionable, y ahí están para el caso español, y especialmente el madrileño, las valiosas investigaciones de Angel Bahamonde, Julián Toro, José Cayuela y el propio Jesús A. Martínez, o, para las élites económicas barcelonesas, el libro de G. W. McDonogh *Las buenas familias de Barcelona*. Ahora bien, el carácter socialmente discriminatorio de la documentación notarial reduce su fiabilidad histórica cuando se utiliza como fuente para el estudio de un sector social tan variado y lleno de contrastes como son las clases medias, porque lo mismo se puede incluir en ellas a un empleado cesante de un Ministerio que viva como sufrido inquilino del Torquemada de turno, a un jornalero de la pluma al borde de la indigencia o a un abogado con bufete propio. Naturalmente, las clases medias cuyas bibliotecas conocemos gracias al magnífico estudio de Jesús A. Martínez son aquellas que cuentan con un cierto patrimonio personal, en algunos casos propio de una más que mediana burguesía. No

es de extrañar, por ello, que Jesús Cruz, que basa en las mismas fuentes su visión de la sociedad madrileña a mediados del siglo XIX, nos presente a unas clases medias profesionales cómodamente integradas en los engranajes del poder económico y político de la sociedad liberal.

Al Madrid decimonónico como consumidor y productor de libros dedica J.-F. Botrel una buena parte de su obra *Libros, prensa y lectura en la España del siglo XIX* (recopilación de diversos estudios anteriores), en particular el apartado referente a la casa editorial Hernando (1993, 385-470). Tanto este trabajo como su análisis estadístico de la prensa madrileña entre 1858 y 1909, aparecido por primera vez en 1975, ponen de manifiesto la aplastante hegemonía de la capital en el mercado editorial y periodístico español del siglo XIX, hecho, por lo demás, bien conocido desde la publicación en 1975 de los estudios cuantitativos de M. Cabrera, A. Elorza, M. Vázquez, J. Valero y S. Castillo, junto al del propio Botrel, sobre el gasto del timbre de correos como indicador de la difusión de los periódicos madrileños en la segunda mitad del XIX (Tuñón de Lara, 1975). Ahí tenemos (no hace falta insistir en ello) una de las razones de más peso para entender la capacidad de atracción de Madrid sobre las élites intelectuales españolas, cuyos principales medios de vida (el periódico y la editorial, además de la cátedra) se concentraban mayoritariamente en la capital. Investigaciones más recientes sobre este mismo material muestran, sin embargo, cómo ya a partir de mediados de siglo las diferencias entre Madrid y Barcelona en el gasto por franqueo de impresos empiezan a acortarse significativamente: El despegue de ésta última como centro de producción editorial no tardará en poner en entredicho este aspecto de la capitalidad cultural de Madrid (Rojas, A., y Fuentes, J. F., 1996).

Cuestión muy distinta es la de la hegemonía de la prensa madrileña en el conjunto del mercado periodístico español, hegemonía nunca amenazada, a pesar de que durante varias décadas del siglo XX *La Vanguardia* de Barcelona haya sido el periódico español de mayor tirada. La amplitud del tema, merecedor por sí mismo de un estudio aparte, aconseja renunciar a todo propósito de exhaustividad, por lo que me limitaré a enumerar unas pocas consideraciones. La primera replantea más bien una duda conceptual ya formulada para el conjunto de la historia cultural de Madrid: ¿es madrileña la prensa de la capital? Cabría contestar que sólo en parte, si tenemos en cuenta que históricamente una parte mayoritaria de su tirada se ha veni-

do distribuyendo en el resto de España. En segundo lugar, conviene recordar que algunas de las principales empresas periodísticas radicadas en Madrid tienen su origen en capitales y personalidades procedentes de la periferia: así, el diario *El Debate* surgirá gracias al impulso de la Editorial Vizcaína, que editaba en Bilbao *La Gaceta del Norte*; *Blanco y Negro* y *ABC* fueron creados por un cualificado representante de la oligarquía sevillana, como era Torcuato Luca de Tena, mientras que en la creación del máximo exponente del periodismo liberal madrileño y buque insignia de las empresas periodísticas de Ortega y Gasset, el gran diario *El Sol*, tuvo una intervención decisiva una empresa emblemática del capitalismo vizcaíno, la Papelera Española, y en particular su director, el ingeniero bilbaíno Nicolás M^a Urgoiti, figura clave en la historia de los modernos medios de comunicación españoles cuya biografía ha sido motivo de un magnífico libro de Mercedes Cabrera (Cabrera, 1994). En el origen y naturaleza de la prensa madrileña se constata, por consiguiente, el poder de absorción de la capital no sólo entre escritores y periodistas sino sobre los empresarios de la periferia. Nótese, de pasada, que, frente a la conexión andaluza, encarnada por los Luca de Tena, y al poderoso eje mediático-financiero Madrid-Bilbao (Editorial Vizcaína, Papelera Española, *El Liberal...*), la comunicación Madrid-Barcelona brilla por su ausencia, también en el ámbito periodístico. Por lo demás, la existencia de una especie de sucursalismo centrípeto, que convertiría a la capital en mera transmisora de impulsos culturales periféricos, no debe ocultar el hecho de que la prensa editada en Madrid será por lo general un fiel reflejo del ambiente político de la capital, y en muchos casos un mero subproducto de la vida política madrileña, cuyos detritus constituyen su principal alimento informativo, sin olvidar que la existencia de la mayoría de los periódicos editados en la capital dependerá de la financiación de los partidos políticos y de las instituciones del Estado. Quintaesencia de ello serán esos periódicos madrileños, de vida intermitente e insignificante, que se alimentaban de la abundante inmundicia política producida por el sistema y a los que en la jerga político-periodística de la Restauración, siempre tan directa y expresiva, se conocerá con el nombre de «sapos».

Madrid, de charca a checa, pasando por la ciudad ideal

Típico producto del ecosistema político de la Restauración, el periódico «sapo» sólo podía darse en una ciudad que, como vimos más arriba, evocaba a escritores del más diverso pelaje la imagen de una charca inmunda. Volvemos así a las razones de la impopularidad de la capital entre quienes aspiraban a ejercer, desde las letras, la ciencia, el pensamiento y el periodismo, un liderazgo social que generalmente se les negó. Buena parte de los estudios referidos al conflicto entre poder político y élites intelectuales en el Madrid contemporáneo se centran, como se ha podido ver, en la etapa que empieza en el 98 y acaba en la Guerra Civil. A la incapacidad de la Monarquía para integrar en su juego a los intelectuales más representativos, a pesar de iniciativas político-culturales tan importantes como la creación del Ministerio de Instrucción Pública (1900), de la Junta para Ampliación de Estudios (1907), del Centro de Estudios Históricos (1910), de la Residencia de Estudiantes (1910) o de la Ciudad Universitaria de Madrid (1929), se añadió la marginación y el desamparo en que el sistema dejó al sector más numeroso de las clases medias urbanas, marginación que se hizo más patente a partir de la explosiva combinación de expansión económica y crisis social y política de los años de la I Guerra Mundial (Villacorta, 1989). Ciudad volcada en el terciario, sin apenas otra industria que la construcción y alguna fábrica de cerveza (cit. Juliá, 1984, 81), Madrid habría sido el paraíso de las clases medias profesionales e intelectuales si sus principales actores económicos (el Estado, en primer lugar, la banca, la prensa y la industria cultural, en general) hubieran tenido el empaque suficiente para ocupar dignamente a ese enjambre de profesores, periodistas, empleados, abogados y funcionarios que vivían en ella. En vez de eso, resultó ser más bien uno de aquellos «*modos de vivir que no dan de vivir*» de los que hablaba Larra refiriéndose al periodismo madrileño. La ciudad no daba probablemente para más, y cuando la cerrazón política de la Monarquía y las crisis sociales de finales de la Restauración tensionen al límite las relaciones entre el poder, de un lado, y las élites intelectuales y sus bases mesocráticas, del otro, el resultado será la movilización de las clases medias en favor de un cambio político que les reconociera el papel histórico que, a su juicio, les correspondía. Si el Madrid de la Restauración había quedado asociado a la imagen de una charca de aguas corrompidas en la que chapoteaban políticos y periodistas afines al régimen, la capital de la II República merecería un juicio histórico no menos severo

desde la extrema derecha intelectual, que vio en ella el paradigma de una revolución democrática de clase media condenada a degenerar en el terror rojo de la Guerra Civil. Título emblemático de esta demonización de la capital será la novela de Agustín de Foxá *Madrid, de corte a checa*, en la que Manuel Azaña figura como perfecta encarnación de todo aquello que la ciudad representaba: «Era el símbolo de los mediocres en la hora gloriosa de la revancha. Un mundo gris y rencoroso de pedagogos y funcionarios de Correos, de abogados y tertulianos mal vestidos [...]. Era el vengador de los cocidos modestos, y los pisos de cuarenta duros de los Gutiérrez y González anónimos, cargados de hilos y de envidias, paseando con sus mujeres gordas por el Parque del Oeste, de los boticarios que hablan de la Humanidad, con h mayúscula, de los cafés lóbregos, de los archivos sin luz, de los opositores sin novia, de los fracasados, de los jefes de negociado veraneantes en Cercedilla, de todo un mundo sin paisaje ni sport, que olía a brasero, a Heraldo de Madrid y a contrato de inquilinato».

Como capital de la Monarquía o de la República, de la revolución o de la contrarrevolución, como ciudad aristocrática, mesocrática u obrera, Madrid será siempre culpable de algo. Le sobra razón a Rogelio López Blanco cuando define la ciudad como un «concepto maleable» (1996, 141). La «reificación» urbanística de ese concepto durante el franquismo bajo el peso de los fuertes cambios demográficos ha sido el tema estudiado por Juan Salcedo en un libro de título bien elocuente: *Madrid, culpable* (1977). Su encanto radicaba precisamente en su inagotable capacidad proteica para ejemplificar realidades, proyectos y hasta utopías radicalmente diferentes, porque si Madrid ha representado en cada momento lo peor de la sociedad española y del régimen vigente, también ha servido como laboratorio de experiencias culturales, sociales y urbanísticas trasladables, en caso de éxito, al conjunto del país. Así, Alfonso Reyes se encontró ante «una ciudad nueva, un Madrid no sospechado», cuando visitó por primera vez la Residencia de Estudiantes, que Juan Ramón Jiménez describió como un verdadero oasis en medio del caos general de la ciudad. Ejemplo del «Madrid ateniense» de los años veinte la llamó Valle Inclán. Hasta Alfonso XIII, abrumado por la pulcritud y el orden que daban carácter a la «Resi», reconoció tras su primera visita haber tenido la sensación de no estar en España (Pérez-Villanueva, 1993).

El desarrollo urbanístico de la ciudad dará lugar también a múltiples proyectos de regeneración de la capital asociados, en general, a la voluntad de modernizar y democratizar el aparato del Estado. Rueda Laffond y, especialmente, Santos Juliá han explicado en diversas ocasiones la forma en que el discurso político y social de las élites intelectuales se entreveró con un ambicioso desiderátum urbanístico que se desarrollará principalmente en torno al eje Prado-Castellana (Rueda, 1991; Juliá, 1992a, 1992b, 1995b). Frente a la Puerta del Sol, centro y símbolo del Madrid de Antiguo Régimen, y a la Gran Vía, formulación tardía de un modelo de desarrollo haussmanniano (Rueda, 1995, 110 n.), el Paseo de la Castellana, que cruza la ciudad de norte a sur, habría de servir de escaparate a la idea de progreso y al concepto de capitalidad (y de Estado) defendido por la II República: apuesta inequívoca por las grandes obras públicas como factor de bienestar económico y social impulsado por el Estado, ordenación de los accesos a la capital por carretera y ferrocarril, construcción del enlace subterráneo entre Atocha y la nueva Estación Central (*el tubo de la risa*, como lo llamó la derecha), edificación de los Nuevos Ministerios, creación de un espacio idóneo para el desarrollo de un gran centro de negocios... Según Secundino Zuazo, urbanista por excelencia del Madrid republicano, el Paseo de la Castellana haría posible que Madrid pudiera representar dignamente «*el carácter de España entera ante el mundo*» (cit. Juliá, 1995, 482). Manuel Azaña lo dirá con otras palabras cuando manifieste su deseo «*de que Madrid responda a su nombre de capital de la República y de elevarlo a aquella grandeza que queremos dar a la República española*» (cit. Juliá, 1995, 504). Tal era la filosofía inspiradora de ese «gran Madrid», «maravillosa síntesis de España», al que con frecuencia se refería también Indalecio Prieto, su principal impulsor como ministro de Obras Públicas, y que vería interrumpida bruscamente su construcción tras el triunfo electoral de la derecha en 1933. ¿Sería verdad que el nuevo Madrid, moderno y republicano, que se erguía en torno a la Castellana simbolizaba un concepto de *polis* que la derecha consideraba un peligro ejemplo para el país? Lo cierto es que tuvieron que pasar casi tres décadas para que el franquismo acabara recuperando la idea de un «gran Madrid» construido en el antiguo eje Recoletos-Castellana que exhibiera el incontestable poderío político, financiero y simbólico del régimen (Salcedo, 1977).

A modo de conclusión

El escaso potencial económico del Madrid contemporáneo, especialmente el raquitismo de sus estructuras industriales, combinado con su hipertrofia como sede del aparato político-administrativo del Estado orientó la actividad de las élites culturales y profesionales hacia actividades situadas mucho más cerca de la política que de la economía productiva. En realidad, lo mismo podría decirse del capitalismo financiero, verdadero motor, con el Estado, de la economía madrileña desde mediados del siglo XIX. Ese relativo vacío en sus estructuras económicas lo han llenado en gran parte la producción cultural y el discurso político de unas élites intelectuales y profesionales atraídas a la capital por las múltiples oportunidades ofrecidas por la prensa, las editoriales, la Universidad, todo tipo de tribunas, públicas o privadas, y los diversos escenarios en que se desarrollaba la lucha política. En el poder o en la oposición, las élites intelectuales han llegado a capitalizar en algunos momentos la historia del Madrid contemporáneo, interpretada muy a menudo, por esta razón, en clave cultural: su historia ha sido generalmente la historia de su prensa, de sus editoriales, de sus instituciones académicas, de la ciudad como tema de inspiración literaria (véanse los numerosos estudios sobre Madrid y Baroja, Galdós, Gómez de la Serna, Larra, Azaña, etc.), de sus formas de sociabilidad, de sus bibliotecas privadas y de los sueños modernizadores de unas élites regeneracionistas que pretendían cambiar el país realizando una especie de exorcismo urbanístico sobre la capital del Estado. La falta de burguesía industrial y de clase obrera propiamente dichas potenciaba además el papel histórico de esas mismas élites intelectuales como un actor social determinante del devenir del Madrid contemporáneo.

Todo ello, entre otros factores ya indicados, produce finalmente la sensación de que Madrid ofrece un espacio privilegiado para una interpretación culturalista de la historia, más aún en un momento, como el presente, de crisis de viejos paradigmas históricos basados en una concepción muy rígida de las relaciones sociales y económicas. Cómo se incardina la historia cultural en el complejo sistema de relaciones de poder y de redes políticas, intelectuales y financieras que tienen su centro en Madrid es cuestión que, como hemos visto, no siempre se ha resuelto satisfactoriamente y que, en todo caso, sólo será posible abordar desde una amplia perspectiva comparatista que permita contrastar su singular experiencia histórica con otros modelos urbanos más o menos próximos.

Bibliografía

- AUBERT, P. (1989): «Madrid, polo de atracción de la intelectualidad a principios de siglo», en A. Bahamonde y L. E. Otero (1989a), 102-137.
- (1996): *Les intellectuels espagnols et la politique dans le premier tiers du xxe siècle*, tesis de Estado presentada en la Université Michel de Montaigne-Bordeaux III, 6 vols. (un breve extracto en *Bulletin d'Histoire Contemporaine de l'Espagne*, núm. 23, junio 1996, 85-89).
- BAHAMONDE, A., y OTERO, L. E., eds. (1986): *Madrid en la sociedad del siglo XIX*, Comunidad de Madrid, Madrid, 2 vols.
- (1989a): *La sociedad madrileña durante la Restauración, 1876-1931*, Alfoz-Comunidad de Madrid, Madrid, 2 vols.
- (1989b): «Madrid, de territorio fronterizo a región metropolitana», en *España. Autonomías*, Espasa-Calpe, Madrid, 517-615.
- BÉCARUD, I., y LÓPEZ CAMPILLO, E. (1978): *Los intelectuales españoles durante la II República*, Siglo XXI, Madrid.
- BOTREL, J.-F. (1993): *Libros, prensa y lectura en la España del siglo XIX*, Fundación Germán Sánchez Ruipérez, Madrid.
- CABRERA, M. (1994): *La industria, la prensa y la política. Nicolás M^a de Urgoiti (1869-1951)*, Alianza Ed., Madrid.
- CACHO VIU, V. (1962): *La Institución Libre de Enseñanza. I. Orígenes y etapa universitaria (1860-1887)*, Rialp, Madrid.
- CASTILLO, S., y OTERO, L. E., eds. (1987): *Prensa obrera en Madrid, 1855-1936*, Alfoz-Comunidad de Madrid, Madrid.
- CHARLE, Ch. (1996): *Les intellectuels en Europe au XIXe siècle. Essai d'histoire comparée*, Éds. Seuil, París.
- CRUZ, J. (1996): *Gentlemen, bourgeois, and revolutionaries. Political change and cultural persistence among the Spanish dominant groups, 1750-1850*, Cambridge University Press, Cambridge.
- FERNÁNDEZ GARCÍA, A., ed. (1993): *Historia de Madrid*, Universidad Complutense, Madrid.
- GARCÍA DELGADO, J. L., ed. (1993): *Los orígenes culturales de la II República. IX Coloquio de Historia Contemporánea de España*, Siglo XXI, Madrid.
- GÓMEZ MOLLEDA, M^a D. (1985): «La función social de las élites en la España contemporánea», en *Homenaje a José Antonio Maravall*, Centro de Investigaciones Sociológicas, Madrid, 3 vols.; II, 215-229.
- JULIÁ, S. (1984): *Madrid, 1931-1934. De la fiesta popular a la lucha de clases*, Siglo XXI, Madrid.
- (1992a): «En los orígenes del gran Madrid», en J.L. García Delgado (ed.): *Las*

- ciudades en la modernización de España en los decenios interseculares. VIII Coloquio de Historia Contemporánea de España, Siglo XXI, Madrid, 415-429.*
- (1992b): «Pero el caso es que España necesita un Madrid», en *Revista de Occidente*, enero, 8-20.
- (1995a): «Presentación», en *Madrid. Historia de una capital*, Alianza Ed.- Fundación Caja de Madrid, Madrid, 7-10.
- (1995b): «Madrid, capital del Estado (1833-1993)», en *Madrid. Historia de una capital*, *ibid.*, 327-600.
- LÓPEZ BLANCO, R. (1996): «La invención de Madrid. El éxito de Madrid como capital del Estado liberal español», en *Revista de Occidente*, núm.178, marzo, 140-152.
- MARTÍNEZ MARTÍN, J.A. (1990): «Libros y librerías. El mundo editorial madrileño del siglo XIX», en *Anales del Instituto de Estudios Madrileños*, xxviii, 145-174.
- (1991): *Lectura y lectores en el Madrid del siglo XIX*, CSIC, Madrid.
- (1993): «La cultura en Madrid en el siglo XIX», en A. Fernández García (1993), 549-564.
- MORAL, C. del (1974): *La sociedad madrileña fin de siglo y Baroja*, Ed. Turner, Madrid.
- MORAL SANDOVAL, E. (1993): «Azaña et Madrid», en J.P. Amalric y P. Aubert (eds.): *Azaña et son temps*, La Casa de Velázquez, Madrid, 101-119.
- OTERO CARVAJAL, L. E. (1993): «Ciencia y cultura en Madrid, siglo XX. Edad de Plata, tiempo de silencio y mercado editorial», en A. Fernández García (1993), 697-737.
- PÉREZ-VILLANUEVA TOVAR, I. (1993): «La Residencia de Estudiantes en el Madrid de su tiempo», en J. L. García Delgado (1993), 275-292.
- ROJAS, A., y FUENTES, J. F. (1996): «Una nota sobre el gasto de timbre del correo a mediados del siglo XIX», en *Revista de Historia Económica*, año XIV, núm.1, 231-237.
- RUEDA LAFFOND, J. C. (1991): «El eje Prado-Recoletos-Castellana. Espacio social de prestigio de las elites urbanas y espacio de manifestación pública de inicios de siglo», en *Anales del Instituto de Estudios Madrileños*, xxx.
- (1995): «Historia social, historia urbana. Aproximación a un modelo de trabajo: La modernización de Madrid en el contexto finisecular (1890-1914)», en *Bulletin d'Histoire Contemporaine de l'Espagne*, núm. 21 (junio), 95-112.
- SALCEDO, J. (1977): *Madrid, culpable: sobre el espacio y la población en las ciencias sociales*, Tecnos, Madrid.
- TUÑÓN DE LARA, M., ed. (1975): *Prensa y sociedad en España (1820-1930)*, Edicusa, Madrid.
- VARELA, J. (1993): «La tradición y el paisaje: El Centro de Estudios Históricos» en J.

L. García Delgado (1993), 237-273.

VILLACORTA, F. (1980): *Burguesía y cultura. Los intelectuales españoles en la sociedad liberal, 1808-1931*, Siglo XXI, Madrid.

----- (1985): *El Ateneo de Madrid (1885-1912)*, CSIC, Madrid.

----- (1989a): «Instituciones culturales, sociedad civil e intelectuales en el Madrid de la Restauración», en A. Bahamonde y L. E. Otero (1989a), II, 80-99.

----- (1989b): *Profesionales y burócratas. Estado y poder corporativo en la España del siglo xx, 1890-1923*, Siglo XXI, Madrid.

----- (1993): «Manuel Azaña et l'Ateneo de Madrid», en J. P. Amalric y P. Aubert (eds.): *Azaña et son temps*, La Casa de Velázquez, Madrid, 47-65.